

hay un sombrío crepúsculo en nuestro pensamiento y en nuestra  
 ¡Confusos y vagos recuerdos! [sensibilidad,  
 La primer apasionada actitud,  
 el primer beso a hurtadillas en las tinieblas del pasillo  
 suspensos o matrículas...  
 (Don Cástulo, don Juan, don Marcelino  
 con sus manías, y sus debilidades y sus chistes  
 tan poco pedagógicos, Isabel)  
 Se ha desvanecido  
 en nuestra mente el último aldabonazo.  
 Cruje la médula en un esfuerzo inútil,  
 los gusanos de la muerte invaden nuestro cuerpo:  
 todo tiembla en torno,  
 la luz, el aire, las sombras de las cosas...  
 Isabel  
 la muerte canta a la vida su postrer estrofa;  
 versos de pie quebrado  
 asma lírica, escalofriante,  
 sin acento, sin ritmo, sin medida,  
 como un hipo profundo y ancestral..  
 Hueso y suspiro,  
 tierra y lágrima.  
 Es un incongruente desvanecerse de las cosas en la nada,  
 llamamiento cósmico  
 atracción sideral y sinfonía al rojo.  
 Fiebre.  
 El último vaho de nuestro ser,  
 como una maraña de latidos y fallos,  
 un frío terrible, cósmico también;  
 como una vaharada gélida de todos los mares del Norte.  
 Dentro del corazón está nuestro propio cadáver,  
 Isabel, Isabel, Isabel.

CARLOS TUS.

## HOSPITALIDAD FIEL

CUENTO DE TIERRA EXTREMEÑA

Por ANTONIO AGUNDEZ

**M**IGUELÓN no sentía el frío ni la lluvia de aquella noche horrible. A grandes zancadas atravesaba los campos evitando cortijos y poblados, siguiendo trochas ocultas y sendas de cabras, para que nadie lo viese. A duras penas iba entre jaras, charnecas y madroñas, que le rompían la ropa y hacían en sus carnes sangrientos rasguños.

Más de tres horas eran pasadas desde que salió del pueblo, temeroso de quedar en poder de la justicia. Estuvo en el baile. Allí echó uno con Isabel, moza garrida, juncal, rubia. Luego se fué al mostrador, y estaba bebiendo unos vasos de vino con los amigos cuando se acercó Julián, también mozo garrido, vecino de otro lugar y además valentón, terne, quien con mucha fachenda y bravuconería pretendió amedrentarle:

—Tú; como vuelvas a bailar con mi rubia, tendrás que vértelas conmigo.

—Eso es demasiado decir, que si ella quiere no hay hombre que lo impida.

—Pues ya lo sabes, y quien avisa no es traidor.

Después sus compañeros comenzaron a agujonearle con puyazos de frases, bastante afiladas por el rico mosto de la tierra; ese vino turbio con color de barbechera que tan bien entra, por su paladar de ambrosía, y tan mal sale con sus muchos grados. Los músicos—acordeón y guitarra—iniciaron un pasodoble. Miguelón llegó a Isabel y la invitó a bailar. Ella ofreció sus manos rosadas, lindas, de artesana fina, y marcaron los primeros pasos. Pero de seguida apareció ante ellos Julián y con un empujón los separó, a la vez que decía:

—Fuera, marrano. Esta alhaja es para mí.

Volvióse prontamente Miguel y quedaron enzarzados en feroz pelea. Enmudeció la música. Se deshicieron las parejas. Relampagueó una navaja abierta en la diestra de Miguelón, y en menos de decir amén se clavaba en el vientre de su contrario, que quedó inerte en el suelo.

Los amigos empujaron a su amigo vivo hasta el próximo balcón y le echaron, más que ayudarle, en busca de la libertad.

—Huye infeliz, antes que te cojan los civiles



Y Miguelón descendió a la calle, casi a punto de romperse las piernas y la cabeza. Sin pensarlo ni un instante, sin nada detenerse, corrió hacia la salida del villorrio. Después, a subir y bajar cerros, a saltar entre peñas; ahora vadeó un arroyo con el agua por cima de las rodillas, y rendido iba a caerse al pie de una encina. Un mastín principió a ladrarle, y él se escondió tras el tronco. Voz dominadora se oyó más arriba, mientras una tenue luz dejaba adivinar el cortijo:

—¡Quieto, Botero, quieto!—y dirigiéndose a la oscuridad—¿Quién anda ahí? Si es alguien que necesite refugio, venga a la casa, pues la noche no está para bromas.

Muy desfallecido acercóse a la puerta. Una vieja mujer le hizo entrar, recibéndole bonachonamente:

—Pase, buen hombre. Que esta es morada de cristianos.

—Buenas noches nos dé Dios.

Y los goznes de la puerta chirriaron cuando Miguelón se apoyó en ella y la abrió del todo. Estaba ante la típica cocina del cortijo extremeño, su pieza esencial. La chimenea de ancha campana con un buen fuego en el lar, donde se mantenían a su amor, en sendos pucheros de barro, la leche de gruesa nata y un guisado de patatas y judías. De su cornisa pendía un candil de aceite, y se adornaba con los cacharros de cobre de Guadalupe, lo que se llama espetera. Un escaño de roble a la derecha, dos o tres tajuelas de corcho y dos sillas al otro lado. El techo era de vigas de castaño, con cañas entre medias, todas ocre por el tiempo y el humo; y de varios garfios colgaban chorizos relucientes y pimientos secos, sin olvidar el manajo de guindillas picantes y la ristre de ajos. Una mesa con tableros a ambos costados haciéndola extensible. Un vasar con tazas y platos. Una alacena. Escopeta y canana sobre herrumbroso clavo de la pared. Y una litografía de la Virgen. Todo lo recorrió de un vistazo.

—Siéntese a la lumbre, que buena falta le hace. Coma del guisado y beba un vaso de esta leche, y luego se acostará en el pajar. Ya veréis como mi hijo, cuando vuelva, también os atiende. Pronto estará aquí.

—¿Y sin saber quien soy se porta usted así de generosa conmigo?

—Un hombre que necesita albergue, siempre lo tiene en nuestra casa. Y comida, y todo lo que nuestra pobreza permita.

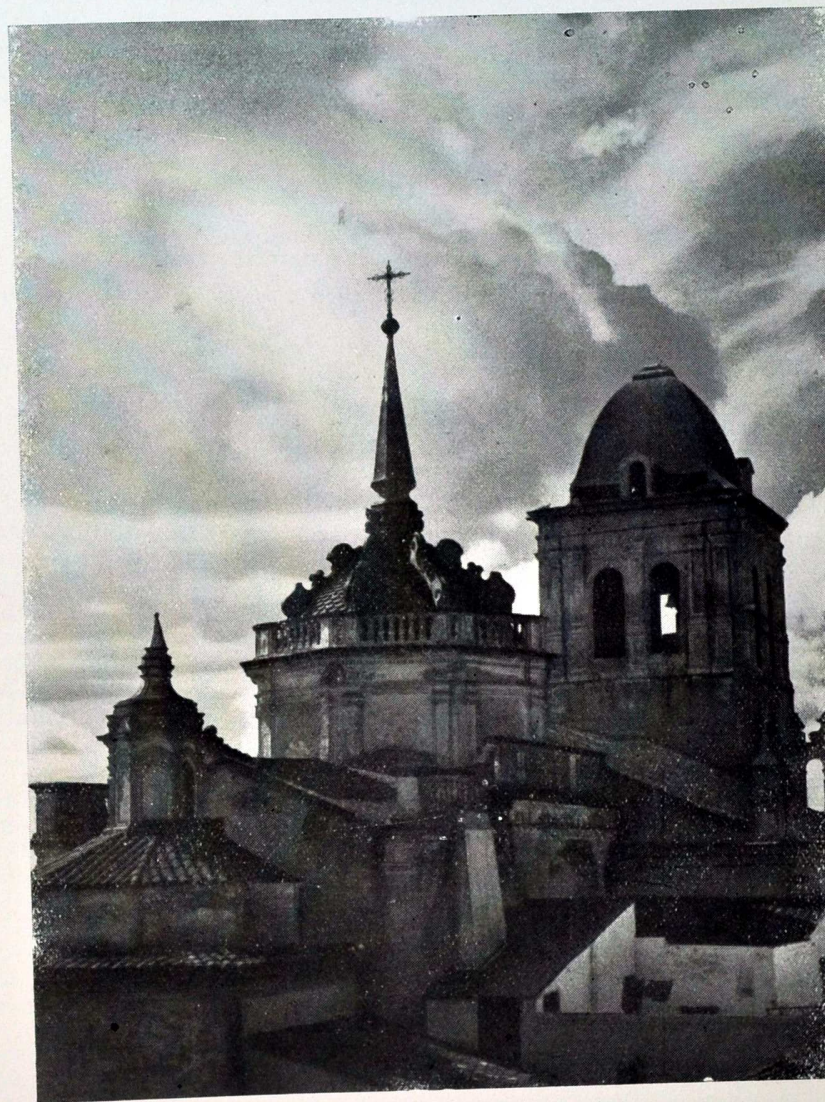
—¿Y si yo fuera un malhechor, un malvado, un perseguido por la justicia?

—No lo parece.

—Pues lo soy. Sucedió que en el baile reñí con otro mozo, y él salió perdiendo.

—Esas son cosas de la edad. De todos modos, por la mañana se va; y Dios, que sabe más que nosotros, se encargará de daros lo que merezcáis. Que a El nadie escapa.

Hablaba la guardesa con voz suave, confortadora, decidida, poniendo el alma en sus palabras. Sus ojos negros, que dicen amor y reciedumbre de carácter, posáronse en la estampa de María, y le pareció verla más guapa y más dulce que nunca. A Ella acudía en las ocasiones de penas y agobios, y de Ella obtenía favores y consuelos.



ALBUM EXTREMEÑO.—Parroquia de Santa María, de Jerez de los Caballeros. Badajoz. (Foto Olivenza)



Ningún día dejó de rezarla el rosario, y cada año en el 8 de Septiembre iba, andando, al monasterio que los reyes antiguos habían construido, para que recibiese culto y homenaje de sus hijos, en las cercanas Villuercas. Del cuadro pasó la mirada a Miguelón queriendo darle ánimos. Pero éste no se hallaba aún muy tranquilo, y preguntó:

—¿Estaba usted sola en la casa?

—No. El tío *Carabina*, otro viejo servidor, prepara ahora en el porche del corral unos aperos que hacen falta para mañana en la labor.

—¿Y de él temeré algo?

—Ya lo he dicho. Mientras estés entre nosotros, puedes dormir tranquilo. Y del mismo parecer serán mi hijo y *Carabina*, pues la ley de hospitalidad es sagrada en estas tierras.

—No sé cómo darle las gracias, buena señora — contestó Miguel, hundiendo la cabeza en el pecho.

—Ni es necesario. Pero, calla. Parece que alguien llega. Será mi Julián. No, no es; porque el perro no ladraría así.

—¡Tía Sole! Abra usted, por favor — Y era una voz de hombre, ronca y con prisas.

Los dos se levantaron prestos y se miraron indecisos. Sin más, ella lo empujó hacia una puerta, frente por frente de la chimenea, y le hizo introducirse en la habitación que hacía de dormitorio de su hijo. En la penumbra se distinguían una cama y una silla. Al fondo amplia ventana. Y con el entrecejo fruncido y la mirada retadora, esperó Miguelón el desenlace de la próxima escena, que entendía, no habría de serle muy satisfactorio. Despacio fuese acercando a la ventana, dispuesto a saltar si veía peligro.

Ya había cerrado la guardesa la puerta de la alcoba, y se dirigió a la principal. Descorrió el cerrojo del portillo, la media hoja superior, y sobre el plumizo cielo se recortaron los tricornios de la pareja de la benemérita. Volvió a pensar en el desgraciado que se había acogido a su amparo y con mano firme acabó de franquearles la entrada.

Después que hubieron saludado en cristiano, habló el cabo sosegadamente, quizás algo vacilante:

—Tía Sole. Perseguimos a un criminal, del pueblo al otro lado de la sierra; y creemos anda por estas cercanías.

La guardesa se había arrimado con ellos al fuego. En sus ojos quería mostrar chispas de sorpresa e ignorancia. Haciendo breve pausa siguió aquél:

—Malas noticias traemos, muy malas; pero hay que resignarse a la voluntad de Dios.

Ella se sobresaltó, invadiéndola un temor que rodeaba su corazón. Miedosa de acertar, su hablar fué un hilo de angustias:

—¡Mi Julián! ¿Le ha pasado algo?

Los dos hombres se habían descubierto. Ninguno respondió. Volvió a interrogar casi gritando, dominada de intensa emoción. Se acercó más a ellos, escrutando en sus caras curtidas por aires y



soles. Uno la tomó por los brazos y la hizo sentarse de nuevo, y dijo:

—Desgraciadamente, el criminal que buscamos hirió a Julián en el baile.

Ella, con las pupilas excesivamente dilatadas, hacía vagar la vista por el fuego, sin verlo. Se cogió la cabeza entre las huesudas manos y las lágrimas bañaron su rostro. El de número se había acercado y la contemplaba calladamente, con mucho respeto. El cabo descorrió el cerrojo de la puerta e hizo una seña afuera. Dos paisanos entraron portando un bulto tapado con oscura manta, y depositáronlo sobre el ancho escaño. Allí dirigió la madre los llorosos ojos. Extendió el brazo y apartó el cobertor. Su cara se pegó junto a la que saliera de sus entrañas, y un grito escalofriante llenó la habitación:

¡Mi hijo!—y fué a caer a los pies del muerto.

Los dos guardias y los dos aldeanos se miraban sin saber que hacer ni que decir. Estos adelantáronse y cogiéndola cuidadosamente la ayudaron a sentarse.

Silencio abrumador invadió la estancia, sólo roto por los sollozos entrecortados de ella. Los hombres continuaban de pie, sin moverse, sintiendo anudadas las palabras en las gargantas. Difícil era aquel momento, de dolor de una madre ante su hijo único muerto, para gente rústica poco conocedora de las fórmulas cortesas. Lágrimas asomaron en las mejillas, y en sus corazones anhelos de consolarla. Siglos asemejaban los segundos.

Ella, al rato, levantó la cabeza y, echándose la cabellera hacia atrás con las manos, inquirió temblorosa:

—¿Y cómo ocurrió? Dímelo tú, Pedro. Tú, el mejor de sus amigos.

—Nos hallábamos en el baile. Y por cuestiones de si bailas tú o yo esta pieza, con una moza, se enzarzaron él y Miguelón, un gañán del pueblo, y rodaron ambos por el suelo. El otro escapó y Julián ya no pudo levantarse, agonizante con una faca en la barriga. Vivió su tiempo preciso para que el señor cura le confesase. Esto será su mejor alivio, tía Sole.

—Sí; dentro de mi gran pena, aún he de dar gracias a Dios. El me lo dió, que a El vuelva.

—Al darnos cuenta de lo sucedido salimos en busca del agresor; pero en balde fué perseguirle. Tampoco los guardias lo han encontrado, aunque vieron su rastro en la cerca de ahí abajo, y continuarán hasta dar con él. Verá como no se ríe de la justicia, y tendrá su castigo. Este y yo quedaremos acompañándola, y pasado el mediodía nos llevaremos el cadáver, según nos ha ordenado el juez.

En la cocina volvieron a reinar el silencio de los hombres y los sollozos de la guardesa. Uno acercó leña para alimentar el fuego, que se consumía olvidado. A lo lejos el lobo aulló, lúgubre y quejumbroso. Frío viento azotaba las encinas y los olivos. Y dentro del cuarto que fué del difunto, Miguelón sentía en su alma entablarse una lucha de vida o muerte. De huir por el ventanal a luengas tie-

rras, donde nadie le conociera, y empezar nueva existencia, o entregarse para pasar en la cárcel, muerto en vida, el tiempo de la condena. Desde el principio había oído la conversación y, temiendo que la señora Sole lo descubriese, tenía entreabierta la ventana preparándose a la fuga; pero la misma congoja de ella y un atractivo interno de sus palabras se lo impidieron.

Mientras tía Sole lloraba al hijo, sin acordarse del criminal. Sí, ya le vino a la memoria. Era el que desgarró su vida y arrancado de raíz su sostén y apoyo, su única alegría. Viuda muy joven, hubo de trabajar duramente para salir los dos adelante. Las labores más rudas habían realizado sus manos, encallecidas igual que las del más infatigable campesino. Para él se había quitado, no una vez sino cien y mil, el pan de su boca y las ropas de su abrigo. Por él renunció a otro matrimonio, y ventajoso. Y para él supo ahorrar unas pesetas. Ahora que podía tener descanso, algo de tranquilo vivir, lo mataban. Y lo asesinó aquel mismo que ella hospedó en su casa. Y si quisiera, con una simple indicación suya sería preso. ¿Y su palabra de hospitalidad? a la que siempre fué también fiel su hijo. Con el alba podría escapar, y, si lo prendían, que siguiese adelante el castigo de los hombres. Si se hurtaba a él, el Señor haríale expiar el crimen.

—Voy a por un pañuelo.

—No se moleste, yo iré por él.

—Deja, Pedro. Siéntate, que en seguida estoy aquí.

Se dirigió a la alcoba de su hijo, abrió la puerta y luego cerró tras sí. Miguelón, que al oír pasos se había retirado a un rincón, se acurrucaba indeciso, mudo de lengua y de acción. Tía Sole siguió magnífica hasta la ventana y, separando sus hojas del todo, le habló con gran entereza:

—Vete, vete y no te cruces más en mi camino porque entonces... te pesará para siempre... ¡No! que Dios te perdone así como perdonará a mi hijo.

—Gracias, pero no puedo huir. Cuando llegaron los guardias sentí miedo, mucho miedo; mi ánimo se halló cobarde y si hubiese escapado. Ahora acabáis de enseñarme lo que es valor; con usted he aprendido a tener corazón, a saber cargar con mi culpa.

Y lanzóse, impetuoso, a la cocina.

—Aquí está Miguelón, dispuesto a recibir su castigo.

Los demás quedaron boquiabiertos, sorprendidos ante aquella aparición. Al instante, los guardias civiles le trabaron las manos.

La buena mujer regresó hacia el hijo y, descansando su pecho en el de él, principió la oración que trajo Jesucristo: «Padre nuestro que estás en los cielos...»